

La Muerte y Sepultura de Jesús

Oración: *Pedir para recibir la gracia de poder “apenarse con Cristo en la pena, angustiarse con Cristo en la angustia, en el llanto y la profunda congoja debido al gran sufrimiento que Cristo padeció por mí”*

Introducción:

Ha visto a Jesús cargando Su cruz sin poderlo ayudar. El peso de la cruz ha agotado a Jesús. Tal vez se sienta un alivio de que Él haya llegado finalmente al lugar de la crucifixión. ¿Cómo usted reacciona al hecho de que Jesús llega al Calvario?

Usted sabe lo que le espera a Jesús. ¿Cómo usted responde a Jesús en este momento en el que se acerca más y más a Su muerte? ¿Qué podría decirse? ¿Qué podría hacerse?

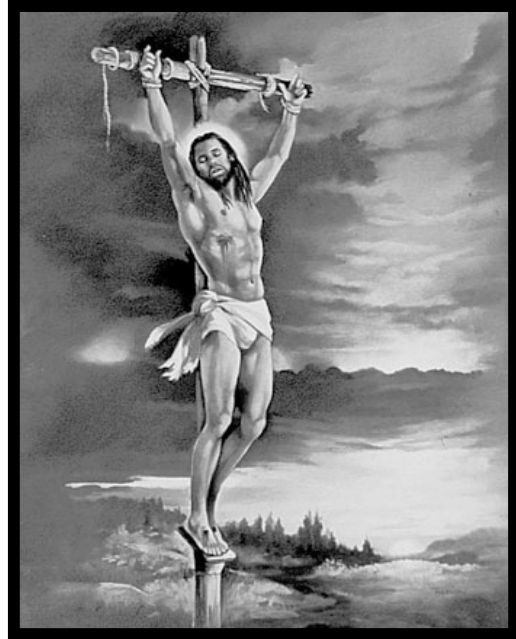
Al usted leer las palabras en el letrero que Pilato mandó a poner en la cruz, ¿qué significado tienen para usted? Cuando ve a los guardias apostando por las vestimentas de Jesús, ¿qué sentimientos se mueven dentro de usted?

Aún cuando Jesús se enfrenta a la realidad inevitable de su muerte, Él le habla a su querido discípulo y a su querida madre. Las palabras de Jesús los une. ¿A quién Jesús le llama a amar? ¿Por quién le pide que se preocupe?


¿Cómo usted responde cuando Jesús pide algo de beber? ¿Puede usted sentarse frente a Jesús y observarlo mientras muere? Escuche a Jesús dar su último suspiro. Sienta el impacto que Su muerte ha tenido en la vida suya. Mire al cuerpo muerto de Jesús en la cruz y enfrente a la realidad dolorosa que tiene ante usted.

Mientras usted está bajando de la cruz al cuerpo abatido, sangriento e inerte de Jesús, ¿cómo usted se siente y cómo usted describe los innumerables pensamientos que cruzan por su mente? ¿Puede usted oler los aromas al ayudar a preparar el cuerpo de Jesús para ser enterrado? ¿Qué se siente al cargar el cuerpo inerte de Jesús a la tumba y depositarlo en la oscuridad del sepulcro?

¿Cómo usted se siente al dejar el cuerpo de Jesús solo en el sepulcro? ¿Cómo usted responde al sufrimiento y pena de María? ¿Hacia dónde usted se dirige? Ahora que Jesús está muerto, ¿qué usted va a hacer?



Señor Jesucristo,
Si supiera cómo,
me partiría el corazón
sufriendo por Ti.
De toda la gente en el
mundo,
Tú eres el que menos deberías haber sufrido.
Estoy avergonzado
de lo que Te hemos hecho,
cuando Tú te partiste
tu propio corazón
sufriendo por mí.

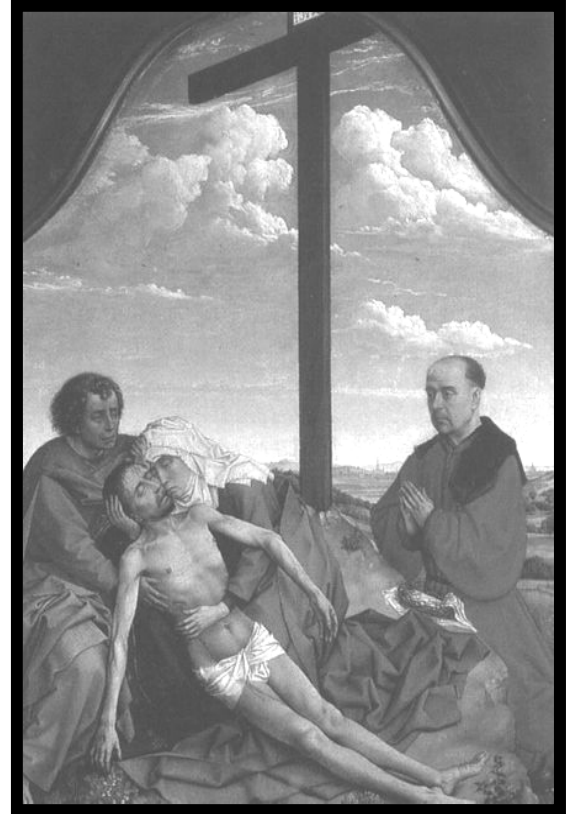


Juan 19:16-42 – Entonces Pilato les entregó a Jesús para que lo crucificaran. Así fue como se llevaron a Jesús. Cargando con su propia cruz, salió de la ciudad hacia el lugar llamado Calvario (o de la Calavera), que en hebreo se dice *Gólgota*. Allí lo crucificaron y con él a otros dos, uno a cada lado y en el medio a Jesús. Pilato mandó escribir un letrero y ponerlo sobre la cruz. Estaba escrito: “*JESÚS EL NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS.*” Muchos judíos leyeron este letrero, pues el lugar donde Jesús fue crucificado estaba muy cerca de la ciudad. Además, estaba escrito en hebreo, latín y griego. Los jefes de los sacerdotes dijeron a Pilato: “No escribas: “Rey de los Judíos”, sino: “Este ha dicho: Yo soy el rey de los judíos”.” Pilato contestó: “Lo que he escrito, escrito está.” Después de clavar a Jesús en la cruz, los soldados tomaron sus vestidos y los repartieron en cuatro partes, una para cada uno de ellos. En cuanto a la túnica, tejida de una sola pieza de arriba abajo sin costura alguna, se dijeron: “No la rompamos, echémosla más bien a suertes, a ver a quién le toca.” Así se cumplió la Escritura que dice: “*Se repartieron mi ropa y echaron a suerte mi túnica.* Esto es lo que hicieron los soldados. Cerca de la cruz de Jesús estaba su madre, con María, la hermana de su madre, esposa de Cleofás, y María de Magdala. Jesús, al ver a la Madre y junto a ella el discípulo que más quería, dijo a la Madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo.” Después dijo al discípulo: “Ahí tienes a tu madre.” Y desde aquel momento el discípulo se la llevó a su casa. Después de esto, sabiendo Jesús que todo estaba cumplido, dijo: “*Tengo sed*”, y con esto también se cumplió la Escritura. Había allí un jarro lleno de vino agrio. Pusieron en una caña una esponja empapada en aquella bebida y la acercaron a sus labios. Jesús probó el vino y dijo: “Todo está cumplido.” Después inclinó la cabeza y entregó el espíritu. Como era el día de la Preparación de la Pascua, los judíos no querían que los cuerpos quedaran en la cruz durante el sábado, pues aquél sábado era un día muy solemne. Pidieron a Pilato que hiciera quebrar las piernas a los crucificados y retiraran los cuerpos. Fueron, pues, los soldados y quebraron las piernas de los dos que habían sido crucificados con Jesús. Pero al llegar a Jesús vieron que ya estaba muerto, y no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le abrió el costado con la lanza, y al instante salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio. Su testimonio es verdadero, y Aquél sabe que dice la verdad. Y da este testimonio para que también ustedes crean. Esto sucedió para que se cumpliera la Escritura que dice: *No le quebrarán ni un solo hueso.* Y en otro texto dice: “*Contemplantarán al que traspasaron.*” Después de esto, José de Arimatea se presentó a Pilato. Era discípulo de Jesús, pero no lo decía por miedo a los judíos. Pidió a Pilato la autorización para retirar el cuerpo de Jesús, y Pilato se la concedió. Fue y retiró el cuerpo. También fue Nicodemo, el que había ido de noche a ver a Jesús, llevando unas cien libras de mirra perfumada y áloe. Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en lienzos con los aromas, según la costumbre de enterrar a los judíos. En el lugar donde había sido crucificado Jesús había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo donde todavía no había sido enterrado nadie. Como el sepulcro estaba muy cerca y debían respetar el Día de la Preparación de los judíos, enterraron allí a Jesús.

Lucas 23:33-56 La Muerte y Sepultura de Jesús – Al llegar al lugar llamado de la Calavera, lo crucificaron allí, y con él a los malhechores, uno a su derecha y el otro a su izquierda. (Mientras tanto Jesús decía: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”.) Después los soldados *se repartieron sus ropas echándolas a suerte*. La gente estaba allí mirando; los jefes, por su parte, se burlaban diciendo: “Si salvó a otros, que se salve a sí mismo, ya que es el Mesías de Dios, el Elegido.” También los soldados se burlaban de él. Le ofrecieron vino agri dulce diciendo: “Si tú eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo.” Porque había sobre la cruz un letrero que decía: “Éste es el rey de los judíos.” Uno de los malhechores que estaban crucificados con Jesús lo insultaba: “¿No eres tú el Mesías? ¡Sálvate a ti mismo y también a nosotros!” Pero el otro le reprendió diciendo: “¿No temes a Dios tú, que estás en el mismo suplicio? Nosotros lo hemos merecido y pagamos por lo que hemos hecho, pero éste no ha hecho nada malo.” Y añadió: “Jesús, acuérdate de mí cuando entres en tu Reino.” Jesús le respondió: “En verdad te digo que hoy mismo estarás conmigo en el paraíso.” Hacia el mediodía se ocultó el sol y todo el país quedó en tinieblas hasta las tres de la tarde. En ese momento la cortina del Templo se rasgó por la mitad, y Jesús gritó muy fuerte: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. Y dichas estas palabras, expiró. El capitán, al ver lo que había sucedido, reconoció la mano de Dios y dijo: “Realmente este hombre era un justo.” Y toda la gente que se había reunido para ver este espectáculo, al ver lo ocurrido, comenzó a irse golpeándose el pecho. Estaban a distancia los conocidos de Jesús, especialmente las mujeres que lo habían acompañado desde Galilea, y todo esto lo presenciaron ellas. Intervino entonces un hombre bueno y justo llamado José, que era miembro del Consejo Supremo, pero que no había estado de acuerdo con los planes ni actos de los otros. Era de Arimatea, una ciudad de Judea, y esperaba el Reino de Dios. Se presentó, pues, ante Pilato y le pidió el Cuerpo de Jesús de bajarlo de la cruz, lo envolvió en una sábana y lo depositó en un sepulcro nuevo cavado en la roca, donde nadie había sido enterrado aún. Era el día de la Preparación de la Pascua y ya estaba para comenzar el día sábado. Las mujeres que habían venido desde Galilea con Jesús no se habían alejado; vieron de cerca el sepulcro y cómo colocaban el cuerpo. Después que volvieron a sus casas, prepararon perfumes y mirra, y el sábado descansaron, según manda la Ley.



En éstas o palabras semejantes ... Me imagino que yo soy Juan, en la cima de la colina después de haber visto cómo habían azotado y maltratado a Jesús y lo habían forzado a cargar la cruz. Amedrentado al ver cómo los clavos le traspasaban las manos, vuelvo la cara pues no puedo soportar ver cómo sangraba. Finalmente, cuando me viro de nuevo para mirar a Jesús los soldados están levantando la cruz para fijarla en el suelo. Siento un alivio extraño al ver a Jesús en la cruz. Tal vez sea el alivio que se siente ante la inminencia de algo irrevocable, de la muerte que se acerca, al enterrarse la cruz. Sé que estaba contento, pues tenía la esperanza de que ya no iba a haber más azotes, maltrato o humillación; en cambio, solamente tenía que esperar que Él finalmente muriera. Aún cuando nunca he tenido alguien en mi familia que haya muerto o que haya estado gravemente enfermo, este sentimiento me recordó esas historias de familias y sus seres queridos que se sientan alrededor de su familiar enfermo que está sufriendo y aunque reacios, tienen la esperanza de que ese sufrimiento se acabe. Yo tenía este mismo tipo de sentimiento, ya que sabía que la muerte de Jesús era inevitable y que significaría no solamente el fin de su largo sufrimiento, sino además el final del largo sufrimiento de la humanidad debido al pecado. Me siento también inevitablemente desconectado de la escena; sé que nada que yo diga o haga podrá cambiar el hecho de que Él muera; me sentía aturdido por esa idea y por todo el sufrimiento que yo había presenciado durante las últimas horas. Dejé de mirar a Jesús y comencé a observar los soldados que estaban al pie de la cruz. Todos estaban doblados y agachados alrededor de algo que estaba en el suelo; di un paso adelante para ver de qué se trataba. Me di cuenta de que estaban apostando por las vestimentas de Jesús que se las habían quitado de su sangriento cuerpo y se estaban burlando de ellas. Se me llenaron los ojos de lágrimas, mientras me sentí enfurecido y entumecido al ver su falta de respeto tan grande por el sufrimiento de Jesús. Sentí que aunque yo deseaba tanto que ellos entendieran el sufrimiento y la carga de Jesús, no podía hacer nada, y por eso me sentía inútil, sin esperanza y que le había fallado a Jesús. Pero entonces, como de costumbre, Jesús parecía responder a mis pensamientos y preocupaciones al pedirme a mí y a su madre que nos acercáramos a la cruz. Miré a María y le eché mi brazo alrededor de su hombro con dulzura y caminamos hacia el pie de la cruz. Jesús estaba tan débil que apenas podía decir una palabra entre suspiros. Él dijo, “Querida mujer, aquí tienes a tu hijo, y aquí tienes a tu madre.” Miré a María y volví a mirar a Jesús y le di un fuerte abrazo a ella. Me sentí realizado sabiendo que Jesús confiaba lo suficientemente en mí como para darme esta responsabilidad de cuidar de su madre.



Practicando lo que se predica ... Para comprender mejor la tristeza que se experimenta al perder un ser querido, vaya y rece tratando de recordar alguna ocasión en la que usted fue al entierro de un familiar o amigo. Si usted no ha tenido esta experiencia, considere investigar acerca de aquéllos que han sido víctimas de genocidio y matanzas étnicas visitando un museo local del Holocausto o la página del web del Museo de Conmemoración del Holocausto de los Estados Unidos en: <http://www.ushmm.org/>.